4279

El espíritu del cielo

2

ESCUPIR AL CIELO.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/escupiralcielodr3082lope

ESCUPIR AL CIELO.

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

ANTONIO LOPEZ MUÑOZ.

Al Sor. Dr. Manuel de la Sevilla,
en testimonio de consideracion
el autor

Representado por primera vez en el Teatro Principal de Granada,
á beneficio de la primera actriz D.ª Felipa Diaz,
en la noche del 30 de Noviembre de 1878.

GRANADA.

IMP. DE PAULINO VENTURA SABATEL,
PLAZA DE BIB-RAMBLA.
1879.

Excmo. Sr.

D. JOSÉ ECHEGARAY.

Siendo *V. Ministro de Fomento, firmó mi credencial de Catedrático de Filosofía; bajo sus auspicios entré, pues, en el mundo científico.*

Hoy, siendo V. uno de nuestros primeros poetas dramáticos, quiero tambien que su gloria me ampare en el mundo de las letras. Los genios irradian siempre luz, y el estar su nombre al frente de esta obra bastará á sacarla de la oscuridad en que yace.

Dispénseme V. si á tanto me atrevo, en gracia de la admiracion que tributo á su talento.

Antonio Lopez Muñoz.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
SOFÍA.	Sra. Diaz (D.ª Felipa.)
ELENA.	Srta. Rodriguez (D.ª Matilde.)
RICARDO. . . .	Sr. Delgado (D. Pedro.)
LUIS.	Sr. Jáuregui (D. Enrique.)
MANUEL. . . .	Sr. Cachet (D. Eduardo.)
VIZCONDE. . . .	Sr. Coronado (D. Manuel.)
CRIADO 1.º . . .	Sr. Flores.
CRIADO 2.º . . .	Sr. Navarro.

Esta obra es propiedad de su autor.

Los comisionados de la Galería dramática de D. EDUARDO HIDALGO son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

ACTO PRIMERO.

La escena representa el despacho de Ricardo en el pabellon de una quinta de recreo. Gran arco al fondo que da á un jardin. Dos puertas á la derecha que dan á las habitaciones interiores. Una ventana á la izquierda con macetas. Al lado de esta ventana una mesa de despacho. En la pared de la derecha y entre las dos puertas indicadas un trofeo de caza. Muebles lujosos de verano. Poco despues de levantarse el telon, aparecen Ricardo y Luis en actitud de paseo.

ESCENA PRIMERA.

RICARDO *y* LUIS.

RICARDO. Vamos ¿y qué te parece
mi retiro?
LUIS. Brava cosa.
RICARDO. Aquí has de cobrar muy pronto
la salud.
LUIS. ¡Ay! Dios te oiga;
hace ya más de dos años
que mi espíritu no goza
ni un instante de sosiego.
RICARDO. ¿Y qué enfermedad?...
LUIS. No asoman
en mi organismo señales
de una dolencia notoria,
y sin embargo padezco.
RICARDO. Los nervios.
LUIS. Sí; la dichosa
palabra con que ahora todo
se resuelve.
RICARDO. ¡Bah! la moda
tambien interviene en eso;

669726

y cuando el médico ignora
la causa de una dolencia,
que suele ser siempre, adopta
el recurso de los nervios,
que es la salida más cómoda.

LUIS. Te aseguro que este estado....

RICARDO. Por supuesto, si no gozas
buena salud, no te quejes;
tienes tú la culpa toda;

LUIS. ¿Yo?

RICARDO. No pongas esa cara;
sí, tú.

LUIS. ¿Pues qué hacer me toca?

RICARDO. Modificar por completo
tus ideas estrambóticas.
¡Ya se ve! del sentimiento
eres esclavo; no arrostras
con calma los contratiempos,
y así anda ello.

LUIS. ¿Te mofas?

RICARDO. ¿Qué he de mofarme? parece
que no me has visto hasta ahora.
Desengáñate, querido;
sois tontos los que la broma
del mundo tomais en sério.
En una eterna zozobra
vuestra existencia se pasa;
y como el cuerpo no es roca,
al cabo siente el efecto
de nuestra conducta estólida.

LUIS. ¡Siempre el mismo!

RICARDO. Pues es claro;
y me va bien; ¿qué me importa
que me llamen egoista
y escéptico, si mis obras
me dan salud y reposo,
que es lo que aquí se ambiciona?
Yo he resuelto el gran problema.

LUIS. Pues, hijo, no me enamoran

tus escépticas teorías;
podrá ser que no conozcas
ciertos pesares del mundo;
pero en cambio, ni una sola
conoces de esas delicias
celestiales que trasforman
lo que es humano en divino.

RICARDO. Utópias y siempre utópias.
Sujeta á un cálculo exacto
las emociones que forman
nuestra vida miserable,
y verás por cada gota
del placer, un mar de penas
en que el corazon se ahoga:
¿qué es lo cuerdo? indiferente
ver pasar unas y otras;
así de fijo se gana.

LUIS. Ó se pierde.

RICARDO. Tú pregonas
la verdad de cuanto digo:
tu cara pálida y hosca
está diciendo á cien leguas
que en tí las penas rebosan;
la mia, por el contrario,
revela paz, que no logras
á pesar de esas dulzuras
en las que cifras tu gloria.

LUIS. Mas al hablar de ese modo,
prescindes de ciertas cosas
que olvidar no nos es dado.

RICARDO. No sigas; que si te engolfas
en reflexiones morales,
irás á tontas y á locas
por una senda en que al cabo
te has de perder; tú aún adoras
con ciego culto deidades
que solo el delirio forja,
y en verdad te compadezco.

LUIS. Me haces reir.

RICARDO. Antes tomas
ese cómodo partido
porque mi razon te acosa.
LUIS. Bien, pues será lo que quieras.
Dejémoslo.
RICARDO. Si te enoja
esta cuestion...
LUIS. No me gusta.
RICARDO. Pues hablemos de otra cosa.
¿Qué es de tu vida? (Ofrece á Luis un cigarro y fuman.)
LUIS. Mi vida
es la de siempre; me sobra
el trabajo, sin que gane
más que lo preciso.
RICARDO. ¿Abogas
de prestado todavía?
LUIS. Tengo ya mis clientes.
RICARDO. ¡Hola!
LUIS. ¿Y tú?
RICARDO. Yo siempre mimado
de la suerte; pienso ahora
en ser padre de la patria.
LUIS. ¿De veras? ¿Y la victoria
tienes segura?
RICARDO. Sí; tengo
seguro el triunfo en mi próxima
relacion de parentesco
con la más alta persona
de mi distrito: el vizconde
de los Valles; él me apoya.
LUIS. ¿Parentesco?
RICARDO. En breve plazo
Elena será su esposa.
LUIS. ¿Tu sobrina? (Con gran interés.)
RICARDO. Sí.
LUIS. ¿Se quieren?
RICARDO. No sé; pero eso ¿qué importa?
LUIS. ¿Y vas á sacrificarla
á tus miras ambiciosas?

RICARDO. Pues me gusta el sacrificio.
LUIS. Como para hacer la boda
prescindirás de su gusto....
RICARDO. Su suerte quisieran otras. (Toma á Luis del brazo y pasean.)
La hago vizcondesa. ¡Ay, chico!
eres cándido: te arrojas
en brazos del sentimiento,
y á la larga ó á la corta
tendrás mal fin.
LUIS. No tan malo
como tú, que así blasonas
de escéptico.
RICARDO. Sí, sí, fíate
de la Vírgen y no corras. (Se van por el foro.)

ESCENA II.

SOFÍA, *por la primera puerta derecha.*

Gracias á Dios que respiro
con libertad. ¡Oh! no hay tregua
en esta terrible lucha
á que el destino me lleva.
Resistir es imposible;
¡Resistir! ¿y con qué fuerzas,
si todas las de mi alma
en mi amor están ya puestas?
Ricardo me precipita:
¡Ricardo! si yo pudiera
empeñarlo en esta lucha
á mi favor... ¡Vana empresa!
¡Oh! parece que él se goza
en atarme á esta cadena!
Si él me prestase valor;
si él aliento me infundiera....
¿cómo, si ningun acento
en su corazon resuena?
No, no importa; he de intentarlo,
aunque sucumba en la prueba.

(Al talento de la actriz se encomienda la viva expresion en este monólogo de la lucha terrible que sostiene Sofía consigo misma y con su amor. Debe tenerse en cuenta que esta escena es la justificacion de casi todas las que siguen, y en especial de la de Sofía y Ricardo en el acto primero.)

ESCENA III.

SOFÍA, RICARDO, LUIS.

SOFÍA. Hola! hola! ¿Tan temprano? (Viendo á Luis y Ricardo.)
LUIS. La primera luz del alba
vimos en esa alameda.
RICARDO. Sólo á esas horas agrada
el campo.
LUIS. Sí.
RICARDO. Esta costumbre
es una costumbre sana.
LUIS. Hemos visto á usted, y al punto
venimos á saludarla.
SOFÍA. Gracias.
RICARDO. ¿Y por qué milagro
te encuentras ya levantada?
¿Has pasado mala noche?
SOFÍA. No muy buena: ya me hallaba
muy molesta, y he buscado
el fresco de la mañana.
LUIS. Usted echará de menos
la Córte.
SOFÍA. Sí; me empalagan
las hermosuras campestres,
aunque peque de prosáica.
Prefiero Madrid.
LUIS. Es claro.
SOFÍA. Este me ha dado palabra
de que pronto nos iremos.
RICARDO. Cuando las Córtes se abran
y vaya á ocupar mi escaño.
SOFÍA. ¡Qué manía!
RICARDO. Y así llamas

al levantado propósito
de hacer el bien de la patria?

SOFÍA. Si todos los diputados
han de ser de tu calaña,
¡pobre país!

RICARDO. Te equivocas;
si mis doctrinas no salvan
al país, no hay otra alguna
que pueda meterlo en caja.

SOFÍA. Será por lo generosas.

RICARDO. Por lo fijas: por lo prácticas.

LUIS. Su esposo de usted, Sofía,
es un tipo.

RICARDO. ¿Á que no cambias
tu vida por otra alguna?
tranquilamente la pasas
haciendo cuanto te place,
sin que yo me oponga á nada.

SOFÍA. Lo que es por indiferencia
no he de llorar.

RICARDO. ¿Ves qué ingrata? (Á Luis.)

SOFÍA. Tú al menos franqueza tienes
para no ocultar tus máximas.

LUIS. ¡Ah! si no fuera más que eso....

RICARDO. Pues ¿qué más hago?

LUIS. Te afanas
en crear muchos prosélitos,
y de fijo no trabajas
en balde.

RICARDO. Verdad; ya tengo
un discípulo de fama.

SOFÍA. ¿Quién?

RICARDO. Manuel ¡ah! si es un mozo
que por lo listo se escapa.
Acaso ya por muy listo
pase un poco de la raya.
¿Verdad? (Á Sofía.)

SOFÍA. No sé. (Piensa acaso....
¿y por qué? todo me alarma.)

RICARDO. Más cada vez me complace
tenerlo aquí: es una alhaja.
SOFÍA. (Si supiera....) Pues sí; tiene
tu opinion bien inculcada,
y respecto á matrimonio
pica muy alto.
RICARDO. Pues ¡vaya!
y hace bien.
SOFÍA. ¿Tú le darias
á Elena?
RICARDO. ¿Elena?
SOFÍA. Se trata
de Elena precisamente;
te encuentras, pues, á tus anchas.
RICARDO. Vamos; tú te has levantado
de buen humor.
SOFÍA. No hablo en chanza.
Tu insigne señor Mendoza
sostiene bien á las claras
amores con tu sobrina.
RICARDO. ¡Qué locura!
LUIS. ¿Y eso extrañas?
Está en un todo de acuerdo
con la opinion que proclamas.
Si le conviene ese enlace....
RICARDO. Mas no á mí.
LUIS. Tiene esto gracia.
¿Y entre esas dos conveniencias
cuál debe llevar la palma?
¿tu moral no lo resuelve?
RICARDO. Hombre, sí; la cosa es llana;
á mi favor en tal caso
el derecho se declara,
porque.....
LUIS. ¿Por qué?
RICARDO. Porque soy
el más fuerte.
LUIS. ¡Ley muy sabia!
RICARDO. ¡Hola, hola! y que altas pone

ese señor sus miradas.
Honra al maestro.

SOFÍA. Veremos
si triunfas en la batalla.

ESCENA IV.

DICHOS *y* ELENA.

ELENA. (Desde el foro.) Que no puede ser; mi tio
ridiculeces no manda.

RICARDO. ¿Con quién riñes?

ELENA. Con el tonto
del jardinero; pensaba
coger unas cuantas rosas....
¡Ah! Luis; estoy en babia;
he entrado sin saludarle;
como venia enfadada
con ese terco de Antonio...

LUIS. No se apure usted.

RICARDO. ¡Ah! calla;
¿y por qué no la tuteas?

LUIS. Ya más respeto me causa.

RICARDO. Si la has visto un arrapiezo.

ELENA. ¿No inspiro á usted confianza?
¡Impedirme coger flores!

SOFÍA. Si te has llegado á tomarlas
destrozando los rosales,
tambien eso es una lástima.

ELENA. Si las traté con un mimo....

LUIS. Como que son sus hermanas.

RICARDO. ¡Pobre Antonio! ¡qué mal rato
le has producido!

ELENA. Una gana
tuve de armar un destrozo....

SOFÍA. ¡Niña!

ELENA. Pones una cara....
¿vas á reñirme por eso?

SOFÍA. Eres una loca.

ELENA. Gracias.

RICARDO. (Lleva al jardin á Sofía.) (Aparte á Luis.)

LUIS. Pues lo que es la intolerancia (Á Elena.)
de ese terco, así no queda.
Voy ahora mismo en sus barbas
á coger todas las flores
más bellas y delicadas,
á ver si á mí me lo impide
ese señor. Ahí es nada;
¡privar á usted de su gusto!
á tomar séria venganza
vendrá á ayudarme Sofía.

SOFÍA. Sí; vamos. (Háblale al alma.) (Á Ricardo.)

ELENA. Quiero presenciar la riña;
¡qué chasco!

RICARDO. No; no te vayas.

(Sofía y Luis salen del brazo por la puerta del fondo.)

ESCENA V.

RICARDO *y* ELENA.

RICARDO. Vamos; siéntate á mi lado,
Elena. (Se sientan.)

ELENA. ¿Tambien quizás
á echarme una riña vas
por las flores que he tomado?
Pues no me pareces justo
si por esto te incomodas.

RICARDO. Hija, no, cógelas todas,
si es que en ello tienes gusto.
Es más grave la materia
de que ahora tengo que hablarte.

ELENA. Me causa miedo mirarte
con esa cara tan séria.

RICARDO. Ya eres mujer; ¿no has mirado,
Elena, á tu porvenir?
¿no piensas en elegir
un hombre y tomar estado?

ELENA. ¿Quién piensa en eso?
RICARDO. ¿Qué dices?
Toda la mujer de seso....
ELENA. Eso....
RICARDO. Pues solo por eso
se alcanzan horas felices.
¿Amas tú?
ELENA. Nadie en mí goza
de ese afan vehemente y puro.
RICARDO. ¿De veras?
ELENA. Te lo aseguro.
RICARDO. Luego no amas á Mendoza.
ELENA. ¡Qué salida!
RICARDO. Indiferente
¿ves en él solo un amigo?
ELENA. Ingenuamente te digo
que no lo sé.
RICARDO. ¿Ingenuamente?
ELENA. Yo le tengo inclinacion;
pero no la que me has dicho.
RICARDO. Pues arroja ese capricho
lejos de tu corazon.
Tus ojos aparta de él,
y fija tu amante idea
en quien digno de tí sea.
ELENA. ¿De mí no es digno Manuel?
RICARDO. Por esa razon te arguyo.
ELENA. Buen concepto me merece.
RICARDO. El de posicion carece;
no es su rango lo que el tuyo.
ELENA. Pues el rango yo creia
que se hallaba en lo moral.
RICARDO. ¡Ah! no; en la vida social
ese rango es tontería.
No el amor hoy se ambiciona,
porque no existe el amor.
Busca, y á tu alrededor
hallarás digna persona.
ELENA. Yo creia que el destino

no se buscaba.

RICARDO. ¡Ay! Elena;
en verdad me causa pena
verte tan fuera de tino.
Voy á darte un buen consejo,
que muy útil puede serte;
no en amor pongas tu suerte:
ya el romanticismo es viejo.
Hoy lo clásico es la norma;
y lo clásico consiste,
en dar á esta vida triste
la más agradable forma.
Ese delirante anhelo
con que el mismo amor se engaña,
es como tela de araña
que rompe una mosca al vuelo.
No existe más breve cosa;
cuando lo ideal se aleja,
todo aquello que nos deja
se convierte en pura prosa.
Y la prosa es lo más feo
que puedes imaginarte,
si no se ha tenido el arte
de prever lo que preveo.
La persona que aludí
de fijo no te se esconde;
piénsalo bien; el Vizconde
su vista ha fijado en tí.
Tu mano ayer me ha pedido,
y á su proyecto me asocio;
porque es para tí un negocio
casi se la he concedido.

ELENA. ¡Ah! no, tio; no, por Dios; (Levantándose.)
no puede ser.

RICARDO. ¿Quién se opone?

ELENA. No lo quiero, y eso pone
un abismo entre los dos.

RICARDO. No, Elena; no te deslumbre
una loca aspiracion:

todo aquí sin excepcion
obedece á la costumbre.
Decídete á ser su esposa;
piensa en ello más y más,
y al cabo terminarás
por estimarte dichosa.

ELENA. ¡Ah! no, tio, por piedad.

RICARDO. Lo has de ver si te decides.
Yo te pido....

ELENA. Tú me pides
mi eterna infelicidad.
¡Oh! no has de quererlo así.

RICARDO. Con que tú verás el modo;
y no olvides, sobre todo,
que yo lo quiero. (Se vá.)

ELENA. ¡Ay de mí!

ESCENA VI.

ELENA.

¡Oh! qué desgraciada soy!
¡Á qué trance se me obliga!
¡Qué lucha se me prepara!
¿Y seré en ella vencida?
Ah! sí! conozco á Ricardo;
sin duda aquí lleva miras
de interés, y no es posible
que de su interés desista.
Su esposa el odio me tiene
de una mortal enemiga,
no sé por qué; Manuel solo
pudiera aquí ser mi egida;
mas ¿qué hará contra Ricardo,
si la gratitud lo liga?
¿Á quién volveré los ojos?
¡El Vizconde! no podia
haber pensado en un hombre
más repulsivo á mi vista.

¿Qué hacer? ¡Ah! no tengo duda:
no la tengo; se destina
mi corazon á ser precio
de alguna pasion indigna.
Quieren comerciar conmigo;
lo sé bien. ¡Ay! Madre mia! (Sollozando.)

ESCENA VII.

ELENA *y* LUIS.

LUIS. Cumplido está mi deseo,
y aquí le traigo este ramo
en señal de la victoria.
¿Qué es eso? ¿está usted llorando?
ELENA. ¡Ay! si; con usted bien puedo
dejar que corra mi llanto,
porque seré comprendida.
LUIS. Cálmese usted ¿qué ha pasado?
Ricardo.....
ELENA. Probar me deja
que el más triste desamparo
es el de no tener padres.
ELENA. Si usted supiera...
LUIS. Lo alcanzo;
él rechaza los proyectos
de Manuel.
ELENA. No es ese el dardo
que más al alma me llega.
LUIS. Quiere que dé usted su mano
al Vizconde; no lo ignoro;
mas á pesar de sus cálculos,
y aunque es tenaz, no es creible
que se empeñe en realizarlos
á tanta costa.
ELENA. Bien clara
es su actitud; sí; bien claro
lo he visto aquí decidido
á llevar su intento á cabo.

La gratitud que le debo
es mi dogal. ¡Oh! qué extraño
es que me sienta cobarde
para dar ni un solo paso
que se oponga á sus deseos.

LUIS. Tiene usted razon; al hálito
del egoismo sucumben
los sentimientos más santos;
para usted aquí no hay vida.

ELENA. Necesito de su amparo;
defiéndame usted.

LUIS. Sí; Elena:
con toda el alma.

ELENA. Ya el ánimo
vuelve á mí; ya siento fuerzas
para luchar.

LUIS. Yo me encargo
de velar por el sosiego
que le están á usted robando.

ELENA. Bien sé que arrostro sus iras.

LUIS. ¿Y qué importa? Es necesario
hacerle ver que en el mundo
de que él hace mofa, hay algo
de lo cual solo prescinde
el hombre que es un malvado.

ELENA. Usted es mi providencia.

LUIS. Por allí viene Ricardo
con el Vizconde; el momento
es oportuno.

ELENA. Me marcho.
En usted dejo mi suerte. (Se vá.)

LUIS. Y la mia está en tus manos. (Viéndola ir.)

ESCENA VIII.

LUIS.

¡Ay! Elena..... La ocasion
de protegerla bendigo;

no hay más terrible enemigo
que un hombre sin corazon.
¿Cómo ha de poder en calma
conseguir su justo empeño,
si es aquí todo pequeño
y sólo es grande su alma?
¡Pobre amor del alma mia!
No; no; bendito, si alcanza,
aunque pierda la esperanza,
que ella colme su alegría.
Á costa de mi quietud
he de lograr su reposo.
¿quién no se siente orgulloso
cuando ampara la virtud?

ESCENA IX.

LUIS, VIZCONDE, RICARDO.

RICARDO. ¿Ya hablas solo? pues, querido,
esa es funesta señal.
VIZCONDE Adios, señor Sandoval;
anda usted siempre perdido;
no se le vé.
LUIS. Poco salgo.
RICARDO. Este es de tal condicion,
que morirá de aprension;
siempre está absorbido en algo.
Aunque tiene juventud
y fuerza como el que más,
no se permite jamás
gozar de buena salud.
De tal modo es soñador,
que juzga de su deber
mirar tan solo el placer
como anuncio del dolor.
LUIS. Todos no somos lo mismo;
tú blasonas de egoista,
y ya no hay quien te resista

con tanto hablar de egoismo.

RICARDO. Á los primeros vaivenes
tu corazon muestra el fondo.

LUIS. Y tú lo tienes tan hondo,
que no sé donde lo tienes.

VIZCONDE ¿Y está usted de temporada
con Ricardo?

RICARDO. Ayer llegó.

LUIS. Por poco tiempo.

RICARDO. Eso no;
ni por nadie ni por nada:
pescarte ha sido tarea,
y á dejarte no me allano
hasta que pase el verano.
Has de prometerlo.

LUIS. Sea.
Despues de todo, mi estancia
ha de ser aquí forzosa,
porque contigo una cosa
he de tratar de importancia.

RICARDO. ¿A qué cosa te refieres?

LUIS. Los dejo á ustedes hablar.

RICARDO. No es nada particular;
no te vayas, si no quieres.

LUIS. Luego hablaremos los dos
porque nuestro asunto es serio.
Vizconde, adios.

RICARDO. ¡Qué misterio!

LUIS. Hasta luego.

VIZCONDE Adios.

RICARDO. Adios.

ESCENA X.

RICARDO, VIZCONDE.

RICARDO. Volvamos á nuestro asunto.

VIZCONDE Pues al asunto volviendo,
no es posible que se gane

la eleccion por otro medio.
Están ya los electores
muy sobre aviso, y dispuestos
á obtener la garantía
de que el camino de hierro
que piden al que pretenda
ser elegido por ellos,
no quedará, como siempre,
en palabras y en proyectos.

RICARDO. ¿Cómo salvar ese escollo?
Yo, francamente, no puedo
comprometer mi fortuna
en un negocio, en que veo
la pérdida muy posible
y la ganancia muy lejos.

VIZCONDE Pues no hay forma de que cedan;
no transigen, si primero
no se consigna el depósito
que marcan los reglamentos.

RICARDO. ¿Con qué todo será inútil?
Pues sepa usted que lo siento.

VIZCONDE ¿Y hemos de dejar el campo?
Se me ocurre un pensamiento.

RICARDO. Á ver.

VIZCONDE Pues los electores
se nos dan por satisfechos
con mirar asegurado
el logro de sus deseos;
y pues en mí depositan
su confianza, si un crédito
contra el Banco usted otorga
á mi favor, con él puedo
garantirles que la suma
no ha de tener otro objeto
que el depósito, en seguida
que resulte usted electo.
Despues de eso usted recobra
de mi mano el documento,
y aquí no ha pasado nada.

RICARDO. Mire usted; lo pensaremos.
VIZCONDE Pues que aquí nos producimos
con franqueza y sin rodeos;
¿sabe usted que su sobrina
me trata con gran despego,
y que tal vez no se avenga
á aceptar el casamiento?
RICARDO. Parece usted un doctrino;
salga yo airoso en mi empeño,
y el hacer á Elena suya
corre de mi cuenta y riesgo.
VIZCONDE No he dicho nada.

ESCENA XI.

VIZCONDE, SOFÍA *y* RICARDO.

SOFÍA. Ricardo.....
¡Hola! Vizconde; si vengo
acaso á ser indiscreta,
me retiro.
VIZCONDE Nada de eso.
RICARDO. Ya acabamos.
VIZCONDE Usted nunca
puede molestar; lo bello
donde quiera que se ofrece
es oportuno y discreto.
SOFÍA. Muchas gracias. Yo venia, (Á Ricardo.)
porque me es preciso luego
ir á Madrid, y quisiera
saber si contigo cuento.
RICARDO. Hoy tengo muchos quehaceres
y acompañarte no puedo:
vé con Manuel.
SOFÍA. No ha venido.
RICARDO. Ya no tardará.
SOFÍA. Pues, bueno;
me esperaré hasta que venga.
VIZCONDE (Todos lo mismo; quien dijo

un marido, dijo un necio.)
Pues que hemos ya terminado,
me marcho; ¿dónde nos vemos
para darle pormenores
de lo que vaya ocurriendo?

RICARDO. Ya lo sabe usted; en casa
de Julia.

VIZCONDE ¡Ah! sí; con efecto;
usted es de la marquesa
un tertuliano perpétuo. (Acentuando mucho esta frase.)
Allí estaré. Adios, Sofía.
(Sofía saluda con un movimiento de cabeza; el Vizconde da la mano á Ricardo, el cual lo acompaña hasta la puerta del foro.)

RICARDO. No hay que cejar.

VIZCONDE Por supuesto.

RICARDO. El fin debe conseguirse....

VIZCONDE Sin reparar en los medios. (Se vá.)

ESCENA XII.

RICARDO *y* SOFÍA.

RICARDO. ¡Este Vizconde! No he visto
necio igual; ¡cómo hace el oso!
¿verdad? y lo más gracioso
es que las echa de listo.

SOFÍA. Sí; por eso de él te vales
para dar á conocer
que en casa de esa mujer
como dueño entras y sales.
Ante ella, es claro; me humillas;
pero esto no es suficiente,
y es preciso que la gente
tambien me ponga en hablillas.

RICARDO. No sé á qué viene ese modo. (Con gran calma que no pierde Ricardo hasta el momento que se indicará despues.)

SOFÍA. ¿No lo sabes?

RICARDO. No lo sé.

SOFÍA. ¿No me has ofendido?

RICARDO. ¿En qué?
SOFÍA. En todo, Ricardo, en todo.
RICARDO. Es tan simple lo ocurrido....
¿Tú celos de la Marquesa?
SOFÍA. ¿Celos? Nada me interesa
que tu amor des al olvido.
Mas mi nombre, mi decoro
mortalmente se lastima.
RICARDO. Y una mujer que se estima
no consiente ese desdoro.
Muy bien; no cortes el hilo,
y prosigue de igual suerte.
¡Bravo exordio! me divierte
la amenidad de tu estilo.
SOFÍA. Unida á tí con los lazos
de un amor casto y sincero,
casi niña, puse entero
mi porvenir en tus brazos.
Yo te amaba.
RICARDO. ¿Te propones
contarme toda tu historia?
SOFÍA. En tí cifraban su gloria
mis risueñas ilusiones.
Pero mi dicha fué breve;
porque aquel naciente fuego
hallose en tí desde luego
con un corazon de nieve.
RICARDO. En tu discurso exageras,
y al órden en él te llamo.
¿Me negarás que te amo?
SOFÍA. Hay de amar muchas maneras.
Rindiendo culto bastardo
sólo á tu ciego interés,
ni primero ni despues
me has comprendido, Ricardo.
Y en esta vida azarosa,
ni aun me has tenido el respeto
con que un marido discreto
sabe tratar á su esposa.

RICARDO. Ese entrecejo iracundo
sienta mal á tu belleza.

SOFÍA. Yo ignoraba en mi pureza
ciertas infamias del mundo.
Verlas como cosa llana
me han hecho tu voz y ejemplo,
cuando el pudor es un templo
que lo más leve profana.
Y al arrancarme la venda,
produciéndome sonrojos,
has abierto ante mis ojos
del vicio la fácil senda.
¡Ay! tú no comprendes cuánta
es mi afliccion; cuál mi duelo,
al mirarme sin el velo
de aquella inocencia santa.
De tus lecciones la copia
ha trazado en mí sus huellas;
y al encontrarme con ellas,
me detesto yo á mi propia.
Me da mi conciencia gritos
que envuelven dolor eterno;
has dejado en mí un infierno
con tus gérmenes malditos.
De mi propia estimacion
tú me has robado la fé.
Jamás te perdonaré.

RICARDO. ¿Y quién te pide perdon?
¿Tú con lo práctico en guerra?
Pues, hija, vete despacio;
te subes mucho al espacio,
y vivimos en la tierra.
Tu corazon no es novicio;
y aunque los celos dan saña,
la verdad es que me extraña
verte tan fuera de quicio.
¿Y por qué? por hacer caso
del Vizconde; si así pierdes
la calma.....

SOFÍA. No; no recuerdes
únicamente ese paso.
RICARDO. ¿Las palabras de ese necio
vas á atender?
SOFÍA. No es de ahora;
ya nadie en Madrid ignora
lo que es para mí tu aprecio.
RICARDO. Ves visiones.
SOFÍA. ¿Qué dijeras,
si olvidada en un instante
de mi deber, delirante
hacer lo que tú me vieras?
RICARDO. ¿Á qué formar conjeturas?
SOFÍA. Contesta.
RICARDO. No puede ser
que faltes á tu deber.
SOFÍA. ¿Por qué?
RICARDO. Tú no haces locuras.
SOFÍA. ¿Locuras?
RICARDO. Es muy sencillo;
hoy te abre el mundo su seno,
y en él alcanzas de lleno
consideracion y brillo.
Pero arroja torpemente
al cieno tu dignidad,
y verás la sociedad
cómo te escupe á la frente.
SOFÍA. ¿Y eso qué me importaria?
Si la ocasion lo reclama,
debe la pública fama
darse al desprecio.
RICARDO. ¡Sofía!
SOFÍA. Tú lo dices.
RICARDO. Ese punto.
envuelve un crímen nefando. (Perdiendo la calma y recobrándola en el acto.)
Já.... já.... ¡pues no estoy tomando
muy por lo serio el asunto!
Bueno fuera que de tono

me hicieran salir tus quejas.

SOFÍA. ¡Ah! si la burla no dejas...

RICARDO. Vamos; aplaca tu encono.
No el alma á los celos abras,
y firmemos ya las paces.

SOFÍA. ¡Ay! Ricardo! ¡qué mal haces
con no escuchar mis palabras!

RICARDO. Pequé.

SOFÍA.. ¿Me insultas?

RICARDO. No tanto.

SOFÍA. Mi dolor por juego tomas.
Pídele á Dios que esas bromas
no nos cuesten mucho llanto. (Sale.)

ESCENA XIII.

RICARDO.

¿Qué quiere decir? Bah! celos;
ya pasarán. Pero es grande;
yo, impasible á cuanto miro,
no puedo sin afectarme
verla sufrir. Más que nunca
está conmovida; y casi
tiene razon. ¡Qué Vizconde
tan discreto! Si en el trance
de mi eleccion es tan cauto,
ya puedo yo hacer alardes
de mi triunfo; me parece
que mi triunfo está en el aire.

ESCENA XIV.

RICARDO, MANUEL.

(En toda esta escena se ha de notar en Manuel una refinada hipocresía.)

MANUEL. Buenos dias. (Por el fondo.)

RICARDO. Bien venido.

¿Es hora ya?

MANUEL. Llego tarde,
porque me han quitado el tiempo
los negocios que usted sabe.

RICARDO. ¿Y están hechos todos?

MANUEL Todos.

RICARDO. ¿Aquellas dificultades
se vencieron?

MANUEL. Se vencieron.
despues de un largo debate,
con el dueño de las letras.

RICARDO. Bien; puede usted ocuparse
en despachar esas cartas.

MANUEL. (¡Tal imperio! á todo trance
es fuerza desorientarlo.
Mi proyecto es admirable.) (Hace Ricardo ademan le retirarse.)
Si no le es á usted molesto,
quisiera hablar un instante
con usted.

RICARDO. ¿Qué es ello? (Sin volver más que la cabeza.)

MANUEL. Quiero
poner á usted al alcance
de un asunto, en que reserva
guardar no debo; usted sabe
cuánto lo respeto....

RICARDO. Y bien?

MANUEL. Pudiera usted disgustarse
si callara, y lo que siento
es no haberle dicho antes
esto que al fin me decido
á declarar: un mes hace
con Elena tengo amores;
y aunque afectan un carácter
poco formal todavía,
seguir no quiero adelante
sin que usted me lo consienta.

RICARDO. Señor Mendoza, eso es grave. (Soltando una carcajada.)

MANUEL. Cumplo un deber.

RICARDO. Por lo visto,
he trabajado yo en balde
por dar á usted experiencia.

MANUEL. Sus consejos saludables
son la norma de mis actos.

RICARDO. Y sin embargo, sus frases
de lo contrario dan prueba.
Al pensar en ese enlace,
que no puede convenirme,
me llama usted á combate;
y las luchas no se empeñan
sino con armas iguales.
Pisa usted terreno falso.

MANUEL. No es raro que en un detalle
parezca á usted indiscreto,
ni que yo le imite es fácil;
el talento no se imita.

RICARDO. ¿Va usted tambien á adularme?
Es muy gastado el recurso.

MANUEL. No adulo, ni hay por mi parte
más que ingenuidad; á Elena
de veras amo.

RICARDO. Su imágen
persigue á usted en el sueño. (Con tono de burla.)

MANUEL. Le aseguro....

RICARDO. Que es el ángel
protector de su existencia;
que es flor de aromado cáliz.
¿Qué más?

MANUEL. Yo....

RICARDO. Señor Mendoza
es usted un principiante.
Dijérame usted que Elena
lleva un dote respetable,
y eso ya lo entenderia.

MANUEL. ¿Pudiera usted figurarse
que es el dote lo que busco
nada más?

RICARDO. ¡Qué disparate!

MANUEL. ¿Que prescindo de su afecto,
de sus bellas cualidades?
RICARDO. Claro que no; ¿quién produce
un agravio semejante?
MANUEL. (Cayó del todo en mis redes.)
No esperaba este desaire.
RICARDO. ¡Ah! que el señor de Mendoza
tiene tambien sus arranques
de orgulloso.
MANUEL. No es orgullo.
RICARDO. Basta de simplezas; antes
de dos horas, firmar quiero
esas cartas.
MANUEL. ¿No me es dable
obtener una respuesta?
RICARDO. Dos horas. (Yéndose.)
MANUEL. ¡Soberbio lance!

ESCENA XV.

MANUEL.

¡Que no aprendo en sus lecciones!
¡Ah! ya verá si el discípulo
hace honor á su maestro:
su desprecio inmerecido
de mis ardientes deseos
me empuja al término mismo.
¡Ella! salga sin reparo
el amor del pecho mio.

ESCENA XVI.

SOFÍA *y* MANUEL.

MANUEL. Gracias á Dios que la veo. (Yendo á Sofía.)
SOFÍA. ¿Y aún me mira?
MANUEL. ¿Por qué no,

si en mirarla cifro yo
mi más ardiente deseo?

SOFÍA. No, Manuel.

MANUEL. ¿De esa manera
deja mi amor desairado?
¿se aparta usted de mi lado?

SOFÍA. Elena al suyo le espera.
Allí está mejor.

MANUEL. Me abisma
que Elena le cause afan;
si mi conducta es un plan
que ha de aprobar usted misma.
Temores vanos deseche.

SOFÍA. Se entienden ustedes.

MANUEL. Cierto:
para estar así á cubierto,
y que ninguno sospeche.

SOFÍA. Me engaña usted.

MANUEL. ¿Que la engaño,
cuando todo á usted lo inmolo?
Eso me faltaba sólo.

SOFÍA. Pero es que....

MANUEL. Me hace usted daño.
Buscando afanoso el medio
más seguro y eficaz
de proteger nuestra paz,
que vive en constante asedio,
á Ricardo he dicho aquí
que Elena es mi amor.

SOFÍA. Es claro.

MANUEL. Y ha sido tal su descaro,
que se ha burlado de mí.
¿Sin el amor que me alienta
cómo hubiera yo sufrido
de labios de su marido
ni la más mínima afrenta?
Aun el recuerdo me exalta.
No me trate usted esquiva;
imposible es que yo viva

si su cariño me falta.

SOFÍA. ¿Y acaso tiene derecho
á mi amor?

MANUEL. ¿Así se expresa?

SOFÍA. Sí; que su amante promesa
usted pedazos ha hecho.
Mis ilusiones más caras,
mi porvenir, mi existencia,
hasta mi propia conciencia
de amor le he dado en las aras;
y usté en cambio haciendo alarde
de tener mi afecto en poco,
tras otro amor corre loco.

MANUEL. Sólo á usted amo.

SOFÍA. Ya es tarde.

MANUEL. ¿Por su reposo vigilo
y de mis actos se ofende?

SOFÍA. No es verdad; usted me vende
á pretexto del sigilo.

MANUEL. Le juro que no, Sofía.

SOFÍA. ¡Ah! mis deberes no acato,
y es usted, siéndome ingrato,
la pena que Dios me envia.

MANUEL. No ha faltado usted.

SOFÍA. Si tal;
y avergonzada me siento.

MANUEL. ¿Consagrarme el pensamiento
es culpable?

SOFÍA. Es criminal.
Mi pensamiento no es mio.

MANUEL. De quién? ¿Acaso del hombre
que hasta el honor de su nombre
inmola al cálculo frio?

SOFÍA. Hable más bajo.

MANUEL. Mi bien,
yo pago tu amor con creces;
mírame como otras veces;
que me mata tu desden.

SOFÍA. Olvídeme usted.

MANUEL. Jamás;
no vivir fuera preciso.
SOFÍA. Su conducta es un aviso,
y aun puedo volver atrás.
MANUEL. ¿Será en vano que te llame
mi amor con ánsia infinita?
SOFÍA. Hoy que mi deber me grita,
fuera el escucharle infame.
MANUEL. ¡Sofía!
SOFÍA. De Elena en pos
hallará más dulce palma.
MANUEL. No; tuya, tuya es mi alma.
SOFÍA. Habla más bajo, por Dios.
MANUEL. ¡Mi bien!
SOFÍA. No he de darte oidos.
MANUEL. Habré de besar tu planta. (Se arrodilla.)
SOFÍA. ¡Oh! ¡qué imprudencia! levanta.
MANUEL. Vuelve en tí.
SOFÍA. ¡Somos perdidos! (Sofía dice esta última frase ahogando un grito de espanto, al ver á Luis en el fondo. Luis se detiene sorprendido.)

ESCENA ÚLTIMA.

SOFÍA, MANUEL, LUIS.

SOFÍA. No, señor; yo no me presto; (Repuesta; alzando la voz, y sujetando á Manuel, que intenta levantarse sobresaltado.)
Ricardo en casarla piensa,
y usted nos hace una ofensa
con lo que pide.
LUIS. ¿Qué es esto?

Telon rápido.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que el anterior.

ESCENA PRIMERA.

SOFÍA *y* LUIS.

SOFÍA. ¿Con que está usted enojado
con Ricardo?
LUIS. Lo estoy mucho;
y á la vez con sentimiento,
mirando sus actos, juzgo
que corre más cada vez
á un precipicio seguro.
Salud, posicion, fortuna,
talento, cuanto en el mundo
de paz es prenda inefable
libra en él combate rudo
contra el fiero escepticismo,
á cuyo maldito influjo
van cayendo de su dicha
los gérmenes uno á uno,
cuando él piensa que los hace
provechosos y fecundos.
SOFÍA. ¿Y usted pretende que yo
desarraigue en un minuto
lo que han formado los años
de la ambicion al impulso?
LUIS. Bien sé que es árdua la empresa;
y cuando usted con el culto
de su amor, con su ternura,

que es siempre del bien anuncio,
con su fe, su fe, ante todo, (Marcando mucho la frase.)
que es luz viva y fuego puro,
no ha logrado poner dique
del mal al rápido curso,
no ha de poder el consejo
lo que el ejemplo no pudo.

SOFÍA. (¿Qué quiere decir? veamos.)
¿Y sabe usted si el tributo
que dar al bien pretendemos
tiene fuerte y digno escudo?
¿Merece Manuel la lucha?

LUIS. Usted juzgará ese punto
mejor que yo, pues lo trata
más de cerca; y algo, mucho
ha de fiar el amante
en usted, cuando refugio
en usted busca y le pide
su proteccion sin escrúpulo.

SOFÍA. ¿Alude usted á la escena
del otro dia?

LUIS. Á ella aludo.

SOFÍA. ¿Ha visto usted imprudencia
semejante? Me dió susto
su actitud; sin miramientos
tomar mis manos convulso,
cual náufrago que se aferra
á una tabla; caer súbito
á mis piés y sollozante.....
Gracias á que usted fué el único
que sorprendió su arrebato;
usted, que en la vida es ducho,
que me conoce y que sabe
dar á cada cual lo suyo.
Si otro alguno nos sorprende...

LUIS. En efecto; un poco brusco
y un mucho melodramático
fué el suceso; el mozo es rudo
en esto de hacer un ruego

á las damas; y el disgusto
de usted fué mayor sin duda,
al ver su pesar profundo
sin poder darle esperanzas.

SOFÍA. No es eso lo que me puso
en alarma; sino el modo
que...

LUIS. Cierto; mas lo disculpo
por su amor; que amor es ciego;
y al sentir el fuego oculto
de lo bello, á veces trueca
sin darse cuenta su impulso.

SOFÍA. Pero...

LUIS. Siempre fué lo mismo. (Interrumpiéndola.)
El amor es tan difuso,
que en sus aras quema incienso
y vá á otras aras el humo;
y en un solo objeto abarca
la tierra y el cielo juntos.

SOFÍA. Es ingenioso y es cierto:
¿quién al amor pone muros?
Pero convenir es fuerza,
insistiendo en nuestro asunto,
en que Manuel me coloca
con su amor en grave apuro.

LUIS. Pues qué ¿llevará Ricardo
su ceguedad hasta el punto
de tomar por un agravio
su favor?

SOFÍA. Tal no calculo.
Mas si Ricardo presencia
aquel arranque importuno...
Já... já... já; despues de todo
tiene gracia. ¡Pobre iluso!
—Que me arruga usted el traje.
—Usted es mi solo escudo.
—Que me oprime usted las manos.
—En usted mi dicha fundo.
—Pero alce usted.—¡Ah! Sofía.

Ja... já... Lance más agudo...

LUIS. (Su aturdimiento la vende.)
Yo ciertamente no busco
sa apoyo para prestarlo
á Manuel; no estoy seguro
de que en este amor Elena
cifre su bien; antes juzgo
que es un mero pasatiempo;
para lo que á usted acudo
es para ver de librarla
del Vizconde; ser inmundo,
en cuya conducta el vicio
reina de un modo absoluto,
y que en Elena ve solo
un medio eficaz de lucro.

SOFÍA. ¡Si viera usted cuánto siento
lo que pasa! No hay recurso
para la dicha de Elena;
en Manuel los ojos puso,
y Manuel no es de esas almas
que á lo noble rinde culto.
Acaso yo me equivoque;
yo á Manuel no trato mucho,
ni hay motivo de tratarlo,
como usted sabe, á menudo.
De impresion es mi juicio,
pero que es cierto presumo.
En fin las indicaciones
de usted seguiré con gusto.

LUIS. Sí; ¡pobre Elena! Yo haria,
por ver sus ojos enjutos,
cualquier sacrificio.

SOFÍA. Vamos;
y perdon, si esto pregunto:
¿ese afecto compasivo
es tal afecto desnudo?
¿Es algo más?

LUIS. Mucho más;
es reconocer con júbilo

su candor, sus pensamientos
siempre dóciles al yugo
del bien, su noble espíritu,
luz radiante, sol fecundo
que en el cielo de sus ojos
difunde sus rayos puros.

SOFÍA. No dijera Manuel tanto.
Luis ¿á qué el disimulo?
Usted ama á Elena ¿es cierto?

LUIS. Ricardo!

RICARDO. ¡Hola! hola! juntos? (Por el foro.)

ESCENA II.

DICHOS *y* RICARDO.

RICARDO. Á que sé de lo que hablais;
á que formais una intriga
contra mí.

LUIS. Quizá.

RICARDO. Seguro.
Pretendeis que yo desista
de casar con el Vizconde
á Elena por ser inícua
mi pretension; me habeis puesto,
compadeciendo á mi víctima,
que no hay por donde cogerme,
y os aprestais á la liza.

SOFÍA. Algo de eso.

RICARDO. Sí; algo y todo.
Entre este mozo que gira
en espacios celestiales,
olvidando que la vida
es de esta tierra, y usted,
señora doña Sofía,
que es tambien algo romántica
y que es además sencilla...

SOFÍA. Dí necia; ¿ya qué te falta?

RICARDO. Lo que es en esto...

LUIS. Precisa
dar á este asunto otro sesgo;
yo te ruego que desistas
de ese tono y que me escuches.
RICARDO. Y si hay que tomarlo á risa.
LUIS. No tanto; que no es risible
hacer pedazos la dicha
de Elena, dándole esposo
en el cual su amor no cifra.
RICARDO. Si ese es tu error.
RICARDO. Es el tuyo.
Ricardo, el caso medita,
que es serio; quizá el más serio
que ofrecértese podia.
Hacer la desdicha propia
por torpeza ó por malicia,
pesa en la conciencia mucho;
pero hacer la de una niña
que no tiene más defensa
que sus lágrimas; que mira
en torno suyo, y no encuentra
una mano que solícita,
si vence al mal, las evite,
las enjugue, si es vencida...
Perdone usted; á su madre (Á Sofía.)
en esto me referia;
que una madre nunca tiene
sustitucion en la vida.
Contésteme tu conciencia. (Á Ricardo.)
RICARDO. Mi conciencia está tranquila.
LUIS. No puede ser.
RICARDO. Eso solo
valor á tus frases quita.
Tú estás mirando el asunto
de tu pasion por el prisma,
y en ley general conviertes
ecos de tu fantasía.
Piensas que el amor es todo;
yo, que es nada; tú imaginas

que nada el cálculo influye
en las penas y en las dichas;
yo juzgo que todo debe
sujetarse á su medida.

LUIS. Y aceptando tu criterio,
¿en qué el buen cálculo estriba?
en dar libremente al alma
sus expansiones legítimas.

RICARDO. ¿Qué sabes tú? Si pudieras
preguntar todos los dias
á las mujeres...

LUIS. La tuya
presente está; que ella diga
cual de los dos se equivoca,
y cual de los dos atina.
Dígalo usted; ¿es posible
que sin amor, sin la estima
del esposo, reine nunca
en el alma la alegría?

SOFÍA. Oh! nunca.

LUIS. En esos instantes
de cansancio, de fatiga,
en que parece que todo
en sombras envuelto gira
¿qué luz no se apaga nunca?
¿qué luz las nieblas disipa?
En esas horas menguadas
en que fiera acaso grita
la tentacion, sacudiendo
hasta la más honda fibra,
¿en qué crisol, en qué fuego
el alma se purifica?
Dígalo usted.

SOFÍA. Yo...

RICARDO. ¿Qué es eso?
¿Es qué á mi favor te inclinas?
Haces bien; que tú comparas
tiempos con tiempos; no olvidas
que ya con mejor fortuna

más gratos corren tus dias;
y piensas que cuando llega
esa edad en que se entibia
la pasion más ardorosa,
surge la práctica fria
pidiendo á gritos los medios
de una existencia tranquila.
Eso quiero para Elena;
eso quiero; que aunque es rica,
nombre le falta y apoyo
y el Vizconde se los brinda.

LUIS. No, Ricardo; eso no quieres;
ese móvil no te guia;
que aunque indebido, es al cabo
generoso; hay en tí fija
una razon menos alta;
menos, porque es egoista.
El enlace del Vizconde
á tu medro subordinas.

RICARDO. Luis....

LUIS. ¿Te enoja que ponga
tu propósito á la vista?
Pues es tuyo.

RICARDO. Vamos, vamos,
lo dije; cosa es de risa.
Cada cual con su locura.

LUIS. No es locura.

RICARDO. ¿Pues no miras
que tu aliado se vuelve
en tu presencia á mis filas?

SOFÍA. Te equivocas: yo condeno
tu sistema.

RICARDO. ¿Tú, Sofía?

SOFÍA. Yo; te lo he dicho mil veces,
y es tu teson mi desdicha.

RICARDO. Ya pareció lo romántico;
empieza á ser divertida
esta escena que llevaba
corte trágico.

SOFÍA. Me obligas
á hablar, y yo no quisiera.
Por Dios, Ricardo, no sigas
burlándote.

RICARDO. ¡Lo patético!
Ya el desenlace principia.

LUIS. Vamos, Ricardo.

SOFÍA. ¡Ay! Ricardo!
¡Ay! de nuestra paz querida! (Yéndose.)

RICARDO. ¡Ay de tí, si al Carpio voy! (Con afectaccion cómica.)
Pero ¿te vas? No seas niña.
Es broma; ¿no lo conoces?
Pues, adios. Va resentida. (Á Luis.)

ESCENA III.

LUIS, RICARDO.

LUIS. Con razon.

RICARDO. Así lo toma...
Es mi modo; ya se sabe.

LUIS. El caso es grave, y lo grave
no puede tratarse en broma.

RICARDO. Grave?

LUIS. Ricardo, tu amigo
soy; ¿me consideras tal?

RICARDO. Eres, no amigo leal,
hermano para conmigo.
Te debo la salvacion
de una cuantiosa fortuna.

LUIS. Bien; eso...

RICARDO. No hay cosa alguna
más fija en mi corazon.

LUIS. Eso me prueba, Ricardo,
que en tí el mal no está tan hondo;
que de tu pecho hasta el fondo
no va de tu error el dardo.
¿Por qué, si el fondo está lleno
del bien, así lo sepultas?

¿Por qué las perlas ocultas
bajo una capa de cieno?
No el amor propio te vicie;
no el hábito te corrompa;
deja que al fin la luz rompa
y salga á la superficie.
Tú no le das importancia
á todo lo que es moral,
y haces muy mal; porque el mal
tiene siempre resonancia.

RICARDO. ¿Otra vez esa porfía?

LUIS. ¿Piensas tú que está bien hecho
provocar ese despecho
á cada instante en Sofía?

RICARDO. ¿Qué dices?

LUIS. Lo que aconseja
la razon, que escuchas poco;
la conciencia humana es foco
que su propia luz refleja.
No la paz, como el maná,
llueve sobre los humanos;
antes bien, en nuestras manos
hacer nuestra dicha está.

RICARDO. ¿Qué quieres decir?

LUIS. No el velo
van á descorrer mis labios
de alguna afrenta; de agravios
á tu honor líbreme el cielo.
No te advierto de traiciones;
de tu conducta arriesgada.

RICARDO. ¿Sabes de Sofía?

LUIS. Nada.

RICARDO. Mas supones... ¿qué supones?

LUIS. Tú, que juzgas dominar
la vida con tu experiencia,
que todo á tu conveniencia
lo quieres subordinar;
¿por prudente has de tener
que deje, por ser buen tono,

en un completo abandono
un marido á su mujer?
Y por si esto no es bastante,
hacer alarde á sus ojos
de escéptico, y darle enojos
con una burla constante?
¿Es cuerdo sembrar doctrinas,
que alguno quizá aprovecha?

RICARDO. ¿Quién?

LUIS. Aquel que espinas echa
á sus plantas, huella espinas.

RICARDO. Habla claro.

LUIS. Yo te advierto
que de tu mujer no dudo;
pero no eres tú su escudo;
no halla en tí seguro puerto.
¿Y quién te da la certeza
de que al fin la tentacion
no salte del corazon
en olas á su cabeza?
Y si salta; ¿de qué modo
luchará contra esa ola,
viéndose en la lucha sola?

RICARDO. (Qué es esto?... Calma.) ¿Eso es todo?

LUIS. Tu indiferencia me pasma.

RICARDO. Siempre el mismo soñador;
dando en brazos del dolor
por librarse de un fantasma.
Esclava de precauciones
la vida es perpétuo abrojo;
basta con tener buen ojo
para plantar los jalones.
Del deber el eco austero
ya convertís en locura;
teneis puesta la armadura
del andante caballero.
El mundo juzgais engaño,
mar hondo y embravecido;
un ejército aguerrido

pensais ver en un rebaño.
Llenos de noble ardimiento,
al mal aprestais venganza;
y al cabo enristrais la lanza
contra un molino de viento.

LUIS. ¡Ah! sí; es verdad; ya percibo
que es todo inútil.

RICARDO. ¿Lo ves?
Ya estás nervioso; los piés
te se salen del estribo.
Yo no sé como vivís
en esa eterna agonía.
En tu propia fantasía
te abrasas, amigo Luis.

LUIS. La tuya, en cambio, no arde
con toda la luz del cielo.
Cuando la luz rasgue el velo,
quiera Dios que no sea tarde. (Se vá por el foro.)

ESCENA IV.

RICARDO.

¡No sea tarde! Dice bien;
que no sea tarde es preciso.
Si lo fuera... No; el aviso
llega á tiempo. Pero ¿quién...?
¡Manuel! sí; Manuel sin duda:
y esto fuera lo más grave.
Mas ¿no ama á Elena?... Y quien sabe
si tras de ese amor se escuda.
De aquí Manuel con urgencia,
para observarlo, saldrá;
que estando aquí, siempre está
motivada su presencia.
Y ella... no; no puede ser;
fuera una insigne torpeza.
Con todo, una ligereza
bien cabe en una mujer.
El ademan descompuesto

con que me echó ayer en cara
mis faltas, cual si buscara
para la suya un pretexto;
aquella suposicion
de seguir mi propia huella,
como queriendo con ella
penetrar en mi intencion;
aquel modo, aquel misterio,
aquel anunciar desgracias...
¿Será tarde?... Suspicacias
indignas de un hombre serio.
Ella nada echa de menos:
lujo, brillo, diversiones;
le tributan atenciones
los propios y los ajenos.
Es vírgen su voluntad;
cuando sale y cuando entra,
en mí reproches no encuentra
ni asomo de autoridad.
Sabe ella que es un traspiés
su muerte... ¡vanos recelos!
¿Los celos? Pero los celos
antes prueban interés.
No me conozco; mi calma
nunca turbada, se altera,
y tengo por vez primera
no sé qué angustia en el alma.
En vano ocultarme intento
á mí propio esta inquietud,
á cuya extraña virtud
algo, no sentido, siento.
Y este malestar profundo
no da tregua, no da plazo.
¡Sofía! el único lazo
que me liga con el mundo.
¡Ay! si se rompe!... Despues
quizás esta mala idea
temor infundado sea.
Cachaza; cachaza, pues.

ESCENA V.

RICARDO, VIZCONDE. (Primera puerta derecha.)

(Al entrar el Vizconde, domina Ricardo completamente su inquietud, y lo saluda con tono jovial.)

RICARDO. ¡Hola! Vizconde.
VIZCONDE. Saludo
al diputado.
RICARDO. Veremos.
VIZCONDE Nada; todo está ya visto;
mi recurso causa efecto,
y los pobres electores
tragan al fin el anzuelo.
RICARDO. ¿Seguramente?
VIZCONDE Seguro;
¿y quién esperaba menos?
Si usted, que tiene probados
su aplomo y su entendimiento,
y yo, que... en fin, no soy lince,
pero engañar no me dejo
por un cualquiera, el distrito
no hubiéramos hecho nuestro...
RICARDO. Sea enhorabuena, Vizconde.
VIZCONDE Con mucho gusto la acepto,
y la doy; que ambos logramos
con este triunfo el objeto.
Por supuesto que, aun estando
ya dominado el terreno,
hay que hacer algunos gastos
precisos....
RICARDO. Ah! por supuesto.
VIZCONDE Como que hacemos al cabo
la oposicion al Gobierno.
Aquel alcalde de marras
tiene más valor que peso,
y es indispensable adicto
á nuestra causa tenerlo.

Nuevo arcángel, la trompeta
hará sonar; y á su acento,
para acudir á las urnas
resucitarán los muertos.

RICARDO. Sabe usted que mis agentes
á sus órdenes he puesto,
y ellos darán...

VIZCONDE No es preciso;
¿no estoy yo aquí? Con que el crédito
ha de presentarse hoy mismo
ante la reunion; por eso,
contra lo ya convenido,
hoy mismo á pedirlo vengo.
Los instantes son preciosos
y hay que aprovechar el tiempo.

RICARDO. Pues mandaré que ahora mismo
pongan esos documentos,
que ya he dejado en poder
de mi escribiente Robledo:
el crédito y el resguardo
que hemos convenido.

VIZCONDE Bueno.

RICARDO. ¿Se queda usted, ó prefiere
esperar aquí?

VIZCONDE Me quedo
disfrutando de este ambiente
que está perfumado y fresco,
y que en Madrid no se goza.

RICARDO. Pues hasta luego.

VIZCONDE Hasta luego.

ESCENA VI.

VIZCONDE.

Me parece que el asunto
marcha bien; boda tenemos;
y bien que lo necesito;
que estoy para dar el trueno.

¡Oh, boda feliz! ¡oh, antorcha
esplendente de Himeneo!
Tú iluminas el abismo
de deudas en que me pierdo.

ESCENA VII.

VIZCONDE *y* ELENA.

(Aparece Elena por la primera puerta izquierda; al ver al Vizconde, se sorprende y hace un movimiento que indique el propósito de retirarse. El Vizconde la detiene, al nombrarla.)

ELENA. ¡Ah!
VIZCONDE (¡Feliz encuentro!) Elena,
al fin hablarle consigo
con libertad y sin pena;
este momento bendigo
que de júbilo me llena.
ELENA. Vizconde...
VIZCONDE No de mi amor
oiga la voz con desden.
¿Se va usted? No, por favor;
ante ese injusto rigor
cualquier rigor es un bien.

(Al talento del actor se encomienda la expresion de los sentimientos del Vizconde, cuyas palabras no han de significar el fuego de la pasion, sino el artificio.)

ELENA. Quizás tambien yo queria
hablar con usted.
VIZCONDE ¿Qué escucho?
ELENA. Usted por mi bien daria...
VIZCONDE Mi existencia, que no es mia;
que es de usted.
ELENA. ¡Me ama usted mucho!
Pues bien, Vizconde, lo creo:
renuncie usted á mi mano.
VIZCONDE ¿Renunciar, cuando el deseo
de mi amor alzarse veo
dentro de mí soberano?
¡Elena!

ELENA. No es ocasion
de fingir ni de callar;
yo agradezco esa pasion;
pero nunca habrá de hallar
un eco en mi corazon.

VIZCONDE Es este amor tan sincero,
tan hondo, tan verdadero,
que con él ese desvío
mudar en cariño espero.

ELENA. Nunca; que mi amor no es mio.

VIZCONDE ¿De Manuel? No ha de lograr
Manuel ventura tan alta;
no; ni usted lo puede amar;
que mucho á Manuel le falta
para subir á ese altar.
Y no ya su nombre oscuro,
no su posicion humilde
son el óbice seguro;
hay un gravísimo tilde
que pone á su afan un muro.
De usted no es digno Manuel.

ELENA. ¡Vizconde!

VIZCONDE No es que yo hable
por despecho; pero en él
hay bajo limpio oropel
un impulso miserable.
Con que mi labio se abra,
se rompe ese lazo artero
que mi desventura labra.
Una palabra...

ELENA. No quiero
escuchar esa palabra.
À nadie me he referido,
ni tengo á Manuel en poco
con ese fallo atrevido,
ni con haberlo emitido
gana usted nada tampoco.
Lo que interesa es decir
que amar á usted no podré;

que debe usted desistir;
que los rayos de otra fé
ya alumbran mi porvenir.
Que mientras fué pretension
puramente nuestro lazo,
callé; siendo imposicion,
con toda la indignacion
de mi alma la rechazo.

VIZCONDE No imposicion.

ELENA. Sí, en verdad;
y no es nada generoso.....

VIZCONDE ¿Querer la felicidad?

ELENA. Querer llamarse mi esposo
torciendo mi voluntad.

VIZCONDE Á tal cosa no me allano.

ELENA. Usted á Ricardo habló,
y él le concedió mi mano.

VIZCONDE Viendo mi amor.

ELENA. Es en vano;
quien ha de verlo soy yo.
Hoy...

VIZCONDE ¡Me odia usted!

ELENA. No; no es eso;
pero en mí no se despierta
nada hácia usted; lo confieso;
de todo afecto al ingreso
cierra usted mismo la puerta.
Usted mismo.

VIZCONDE (Me lucí.)
Ricardo y yo no queremos
más que su bien.

ELENA. Es que aquí
de mi bien están en mí
solamente los extremos.

VIZCONDE ¡Ah! no, Elena; error profundo,
que de la vida se gasta
en el combate fecundo.
¿Usted qué sabe del mundo?

ELENA. Yo sé de mí propia, y basta.

VIZCONDE Conquista del bien la palma
la lucha de la experiencia.
ELENA. Pues yo prefiero esta calma.
Sepa yo ver en mi alma,
y ya no quiero más ciencia.
Y en fin; esta es mi actitud,
que está por cima de todo;
todo; y es tal su virtud,
que la misma gratitud
no halla de torcerla modo.
Sí; la gratitud que debo
á Ricardo, y que me atrevo
á olvidar en este asunto.
VIZCONDE Pero...
ELENA. Nada; hasta ese punto
mi decision firme llevo. (Se vá por el foro.)

ESCENA VIII.

VIZCONDE.

El caso no ofrece duda;
no transige; no se casa.
Siento perder este lance;
que aunque resta una jugada,
tiene riesgos, y es difícil
sobre todo ejecutarla.
¿Y qué he de hacer? Ya perdido.....
¿Teniendo en mi mano el áncora
de salvacion, he de hundirme.
pudiendo ganar la playa?
No; jamás; antes la muerte,
si la miseria me aguarda.
Pero ese contra-recibo.....
¿Y eso qué importa? Que vayan
por él á pedirme cuentas
yéndome fuera de España.
No; con todo; importa mucho;
será siempre una amenaza,

será un peligro que acaso
me persiga á tierra extraña.
¿Y quién sabe?... No; es preciso
que esa prueba se deshaga.
¿Mas cómo borrar la huella?
¡Ah! sí; este medio me salva.

ESCENA IX.

VIZCONDE, MANUEL.

MANUEL. Señor Vizconde...
VIZCONDE Felices.
¿Venimos ya á la tarea?
MANUEL. Sí, señor; con su permiso... (Se dirige á la mesa.)
VIZCONDE Conságreme usted siquiera
algun rato; estos amantes
nunca en sus amigos piensan.
¿Un cigarro? (Se lo ofrece.)
MANUEL. Muchas gracias. (Tomándolo.)
(¿Qué amabilidad es esta?)
VIZCONDE Pues sí, señor; estos hombres
que logran cuanto desean
con las damas, ya nos tratan
con total indiferencia.
MANUEL ¿Yo, Vizconde?
VIZCONDE Vamos, vamos;
no se me haga usted de nuevas,
que todo se sabe; á menos
que no inspire la modestia
esa reserva...
MANUEL. ¿En qué asunto
he de guardar yo reserva?
VIZCONDE Bien hecho; en estos negocios
es poca toda prudencia.
Verdad que en este es inútil
de todo punto; á esta fecha
por todo Madrid su nombre
la fama rápida lleva.

¡Qué triunfo, amigo, qué triunfo!
Que sea muy enhorabuena.

MANUEL. Pero ¿qué está usted diciendo?

VIZCONDE Y todo el mundo se alegra;
créalo usted; porque la trata
Ricardo de una manera.....
indigna; esa es la palabra.

MANUEL. Yo he renunciado ya á Elena.

VIZCONDE De veras; ¿eh?

MANUEL. Ciertamente.

VIZCONDE Já... já... já... con que ¿de veras?

(Se aleja riendo por el foro.)

Señor Sandoval...

(Saludando á Luis que entra, y yéndose.)

LUIS. Vizconde...

(Saluda tambien y baja hácia Manuel.)

ESCENA X.

MANUEL, LUIS.

LUIS. Uno de tantos que llevan
el buen nombre de Ricardo
puesto siempre á la vergüenza.

(Á Manuel, señalando al Vizconde,)

MANUEL. ¿Vergüenza?

LUIS. Sin duda alguna.

MANUEL. ¿Qué razon?...

LUIS. Una muy buena;
ser su amigo; ¿por ventura
no es cariñosa tarea
tender al caido el manto
de la compasion ajena?

MANUEL. Su crédito...

LUIS. No es su crédito;
es su honor el que anda en lenguas.

MANUEL. No sabia...

LUIS. No es extraño.

MANUEL. ¿Y qué dicen?
LUIS. Dan por hecha
su deshonra, y le señalan
á usted como causa de ella.
MANUEL. ¿Á mí?
LUIS. Acabemos, Mendoza.
Sé bien que usted galantea
á Sofía; sé que el mundo
lo asegura ó lo sospecha;
sé que el honor de Ricardo,
con quien usted sólo deuda
de gratitud tener puede,
manchado está; sé que en esta
situacion cualquier escándalo
es echar al fuego leña;
y una de dos; ó usted sale
de esta casa con prudencia,
ó al punto hemos de batirnos;
que yo hago mia la ofensa.
MANUEL. La verdad es que no acierto
á comprender..... si otro fuera
el que me hiciera este agravio.....
eso que el público cuenta
no es verdad.
LUIS. Si no en el fondo,
lo es de fijo en la apariencia,
que es base del fallo público
sobre la honra doméstica.
Si es infame, por la infamia;
si es torpe, por la torpeza,
debe usted un desagravio
á la opinion; darlo es fuerza.
MANUEL. (Ganemos tiempo.) Está bien;
la gratitud me lo ordena,
y me ofrezco al sacrificio;
me iré: que tambien me afecta
ese rumor. Pero ¿cómo....?
LUIS. Ya habrá un medio que convenga.
Promete usted?.....

MANUEL. Mi palabra
le empeño.
LUIS. Cuento con ella. (Se vá Luis.)

ESCENA XI.

MANUEL.

¡Oh! sobre un volcan estamos;
pues todo me empuja, sea.
Preciso es que á todo trance
este asunto se resuelva;
es preciso que Sofía
ciertos escrúpulos venza,
y sea yo dueño por siempre
de su amor y su belleza.
Y Ricardo..... Que no estalle
esta rabia mal sujeta
por la humillacion contínua
á que su orgullo me entrega;
una gota más, y el vaso
rebosará. ¡Por fin! ¡Ella!

ESCENA XII.

MANUEL *y* SOFÍA.

MANUEL. Sofía.....
SOFÍA. Manuel, queria
con ánsia verte.
MANUEL. ¿Qué pasa?
SOFÍA. Que ya todo en esta casa
me infunde miedo.
MANUEL. ¡Sofía!
¿Estando yo aquí?
SOFÍA. Ya ves;
por lo mismo.
MANUEL. ¿Por lo mismo?

SOFÍA. Me parece que un abismo
se está abriendo á nuestros piés.
MANUEL. ¿Un abismo?
SOFÍA. Sí, por Dios.
MANUEL. ¿Qué sucede?
SOFÍA. Yo no sé
por qué me inquieto, y por qué
temo por mí; por los dos.
Mas sí lo sé; nuestra obra;
mi culpa; ¿qué más motivo
para vivir como vivo
en una eterna zozobra?
MANUEL. Culpa no; culpa se halla
en quien obra libremente;
más no hay culpa en el torrente
que al cabo rompe su valla.
Si al amor que nos alienta
no es posible resistir,
¿quién, quién nos ha de pedir
porque él nos arrastre, cuenta?
SOFÍA. Yo rompo sagrados lazos;
y Ricardo.....
MANUEL. ¿Qué derecho
invoca, si él los ha hecho
con su conducta pedazos?
En nada tu dicha tiene;
tu amor, tu nombre profana;
no hay ley divina ni humana
que á tal suplicio condene.
SOFÍA. ¡Manuel!
MANUEL. Tu espíritu ensancha
injustamente afligido;
si hay mancha, de tu marido,
no tuya, será la mancha.
SOFÍA. Cuando estoy en tu presencia,
todo lo vence mi amor;
lejos, me llena el terror
de sombras mil la conciencia.
La luz de tu pensamiento

quizá entre esas nieblas vaga,
para dar cuerpo á la aciaga
niebla del remordimiento.
Nunca cesa este reproche;
si un instante en luz me anego,
todas juntas surgen luego
las tinieblas de la noche.
No el remordimiento clave
más aquí su garra fiera.
Manuel, déjame, aunque muera.

MANUEL. ¿Dejarte yo?

SOFÍA. Luis lo sabe;
lo vá á decir á mi esposo,
que es su hermano, no su amigo;
¿y qué hacer?

MANUEL. Venir conmigo
y asegurar tu reposo.

SOFÍA. Huye, Manuel.

MANUEL. Y aunque así
á morir me condenara
¿piensas tú que no quedara
el incendio todo en tí?

SOFÍA. Calla, Manuel.

MANUEL. Si además
Ricardo lo sabe todo,
¿con irme yo, de qué modo
su venganza evitarás?
No; no es posible hacer frente
á este impulso que nos guia;
desengáñate, Sofía,
nos empuja la corriente.
Luchar con ella entre brumas
es morir; deja que vaya
nuestro amor hasta la playa
mecido por las espumas.

SOFÍA. No tengo valor; mi nombre
caerá en el fango.

MANUEL. Pues bien;
queda aquí; sufre el desden

implacable de ese hombre.
Batalla contigo propia;
forja tus mismas cadenas;
devora en silencio penas
del infierno viva copia.
Sueña dichas; ¡sueño vano!
suéñalas, y sufre triste
al pensar que tú les diste
muerte con tu propia mano.
Cuando se entregue sumisa
la tentacion, no el alhago
del amor, tendrás en pago
el hielo de una sonrisa.
Y él, al cabo, la verdad
sabrá; que no has de vencerte.
Elige; con él, la muerte;
conmigo, la libertad.

SOFÍA. ¡Oh!

MANUEL. ¿Lo ves? No hay heroismo
que pruebas tan rudas pase.

SOFÍA. Calla; me arrastra tu frase
con la atraccion del abismo.

MANUEL. ¡Ah! si; ven; para tí guardo
cielo de amor; goza en él.
Vente conmigo.

SOFÍA. ¡Manuel!

MANUEL. Vente conmigo.

SOFÍA. ¡Ricardo! (Viéndolo llegar por el fondo.)

ESCENA XIII.

SOFÍA, MANUEL *y* RICARDO.

RICARDO. Elena te aguarda. Ve (Á Sofía.)
á su lado.

SOFÍA. Voy. (Dios mio!
si ya sabrá..... Tengo un frio
en el alma..... Escucharé.) (Se vá por el foro.)

ESCENA ÚLTIMA.

RICARDO, MANUEL *y despues* SOFÍA.

RICARDO. Manuel, usted me conoce.
MANUEL. Sí, señor.
RICARDO. Sabe que nada
sin meditacion resuelvo;
sus servicios en mi casa
no me son ya necesarios.
MANUEL. Me echa usted; ¿y por qué causa?
RICARDO. No acostumbro á dar razones
de mis actos; pero en gracia
de sus ya largos servicios
se las daré: está pactada
la boda de mi sobrina
con el Vizconde; usted ama
á Elena; y esos amores
que no tienen importancia,
son, sin embargo, un obstáculo.....
MANUEL. Concluirán.
RICARDO. Más hace falta.
Mientras usted aquí venga,
el óbice es en sustancia
el mismo; así desde hoy,
aunque lo sienta en el alma,
se ha de cumplir mi deseo.
Ya lo sabe usted. (En actitud de marcharse.)
MANUEL. ¿Y basta
acaso que usted lo quiera?
RICARDO. ¿Está usted loco? (Dominándose.)
MANUEL. La calma
de usted no me desconcierta;
que al decir estas palabras
es que estoy dispuesto á todo.
RICARDO. ¡Mendoza!
MANUEL. Los tiempos pasan
y este no es aquel; si humilde

me ha visto siempre; si en nada
le he contrariado á usted nunca;
si me he prestado á esta farsa
devorando humillaciones,
hoy que de arrollarme trata,
hoy que nada esperar debo
me despojo de la máscara,
y en uno tantos insultos
le arrojo á usted á la cara.

RICARDO. Se empeña usted, mis criados
lo echarán. (Toma el cordon de la campanilla.)

MANUEL. Eso faltaba;
que pidiera usted socorro.

RICARDO. ¡Vive Dios! que siento ganas
de ahogar con mis propias manos
esa voz en su garganta.
Salga usted. (Domínándose de nuevo.)

MANUEL. No me intimidan
tampoco las amenazas;
y por Dios que como nunca
hoy su comprension es tarda.

RICARDO. Este hombre busca su muerte.
(Haciendo el último esfuerzo para que no estalle su ira.)

MANUEL. Tiene usted mucha cachaza,
y no hay miedo.

RICARDO. ¡Miserable! (Fuera de sí.)
(Se arroja al trofeo de caza y vá á tomar una pistola. Sofía sale, exclamando:)

SOFÍA. ¡Ah! ¡Manuel!
(La primera palabra de esta frase es más bien un grito de espanto, tras de la cual baja Sofía rápidamente á cubrir con su cuerpo el de Manuel, pronunciando su nombre.)

RICARDO. ¿Manuel? ¡Se áman!.....
(Ricardo vuelve sorprendido al oir el nombre de Manuel, que repite en actitud de amenaza. Sofía extiende hácia él sus manos suplicante; y entonces Ricardo queda un momento fijo en el grupo y pronuncia la segunda frase.)

Telon.

ACTO TERCERO.

La escena representa otra habitacion de Ricardo en la misma quinta de recreo. Ventana al fondo. Dos puertas á la derecha y otras dos á la izquierda. La primera de estas últimas y la ventana dan al jardin; las otras al interior. Á la derecha, entre las dos puertas indicadas, habrá una mesa de despacho más lujosa y más pequeña que la de los actos anteriores. Muebles de mucho lujo, distintos de los que aparezcan en los otros actos y con diversa colocacion.

ESCENA PRIMERA.

CRIADO 1.º *y* 2.º

(Al levantarse el telon aparece el criado 1.º arreglando los muebles. Entra el 2.º con luces, que pone en la mesa.)

C. 1.º ¡Hombre! me habias asustado.
C. 2.º ¡Qué asustadizo te has vuelto!
Lo menos te figurabas
estar cogido del cuello
por don Ricardo, en castigo
de la traicion que le has hecho.
C. 1.º Calla; no seas imprudente;
si te escucharan.....
C. 2.º No hay miedo
de que nos escuche nadie:
don Ricardo está allá dentro;
y la señora, aunque escuche.....
como por ella lo hacemos.....
C. 1.º Tengo un miedo, que la ropa,
créelo; no me llega al cuerpo.
C. 2.º Lo de ayer fué grave.
C. 1.º ¡Vaya!
si no llegan tan á tiempo

don Luis y la señorita
Elena, hay un lance serio.

C. 2.° ¿Y don Manuel?...

C. 1.° Á empujones
de aquí salió ó poco menos;
ciego estaba don Ricardo.

C. 2.° Hácia aquí viene, ¡silencio!

C. 1.° Lo mejor es escurrirnos.

C. 2.° Es lo mejor, sí, marchémonos.

(Se van por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA II.

RICARDO. (Cerrando una carta.)

Es preciso; por fortuna
no se halla de aquí muy lejos,
y puede un hombre á caballo
regresar en poco tiempo.
Me disgusta este incidente;
hace diez horas lo menos
que ha debido noticiarme,
segun tratamos, el éxito.

(Toca el timbre y aparece el criado 1.°)

Monta á caballo ahora mismo,
y esta carta lleva al pueblo
en que está el señor Vizconde;
elije un caballo bueno,
y á escape; en su propia mano
la has de entregar.

CRIADO. Al momento. (Saluda y se vá.)

RICARDO. ¿Qué puede haber sucedido
desde ayer? ¿qué cabo suelto
puede haber desbaratado
las redes de mi proyecto?
No es posible una derrota.
¡Una derrota! No quiero
ni pensarlo; mi fortuna
va comprometida en ello.

¿Me habrá engañado el Vizconde?
Pero ¿cómo? si su crédito
queda sin valor alguno
con el resguardo que tengo.
No; y está bien terminante;
está bien claro. ¿Qué es esto?
(Buscando en uno de los cajones de la mesa.)
¿No estaba aquí? Sí; lo puse
por mi mano. ¡Vive el cielo!
(Toca el timbre y aparece el criado 2.º)
¿Quién ha entrado aquí?

C. 2.º — Aquí nadie,
señor.

RICARDO. — ¿Nadie?

CRIADO. — Yo á lo menos
á nadie llegar he visto
más que al señor de Robledo,
como siempre.

RICARDO. — Bien; que venga.

CRIADO. — No está, señor.

RICARDO. — ¿No? al momento
que enganchen, y avise usted
en cuanto el coche esté puesto. (El criado se vá.)
Lo ha robado el miserable.
¡Vive Dios! que si lo encuentro,
del fondo de las entrañas
le ha de salir. ¿Qué funesto
poder mis pasos dirige,
que donde los ojos vuelvo
sólo toco desengaños,
sólo sufro contratiempos?
Sofía, el único nombre
que en mí levantaba un eco,
me es infiel. ¡Ah! sí; me vende;
Manuel, que favor inmenso
de mi mano ha recibido,
me vende con ella; un crédito
pongo en manos del Vizconde,
al cual con vínculo estrecho

enlazar á mí pensaba,
y me es traidor; todos ellos
me roban: aquellos, honra;
este, fortuna y dinero.
Por mi nombre que á sus actos
daré terrible escarmiento.
He de hacer que todos juntos
caigan bajo el mismo peso;
el mismo rayo los hiera;
los abrase el mismo incendio.
¿Será verdad que la vida
es otra de lo que pienso?
¿Que todo cuanto me pasa
por mi propia mano es hecho?
¿Que la traicion que me cerca
es de mis actos espejo?
¿Que de estos frutos malditos
en mí los gérmenes tengo?
¿Será verdad que me engaño?
No, no es verdad; bien lo veo
en esto que me sucede:
¿por qué de mí triunfan ellos?
porque tienen más aplomo,
más audacia, más acierto.
¿Oh! si me hubiera engañado
este corazon de hielo,
por lo torpe ó por lo infame
lo arrancara de mi pecho.

ESCENA III.

RICARDO *y* LUIS.

(Por la primera puerta de la derecha.)

LUIS. Dime ¿has dado tú, Ricardo,
un crédito de valía,
recibiendo en garantía
de ese crédito un resguardo?

RICARDO. Al Vizconde antes de ayer;
y el resguardo maldecido
del despacho han sustraido.
LUIS. Pues bien; acabo de ver
á Robledo tu escribiente,
y me ha confesado el caso,
declarándose de paso
á sí mismo delincuente.
Pesaroso de su accion;
del deber oyendo el grito
y para ver si el delito
lograba reparacion,
me ha asegurado Robledo
que aun era tiempo quizás.
Yo sin oir nada más,
corro al Banco, y ya no puedo
cortar el infame ardid;
busco al Vizconde.....
RICARDO. ¿Y qué?
LUIS. En vano:
esta mañana temprano
ha salido de Madrid.
RICARDO. ¿Con qué ya no hay cosa alguna
que intentar?
LUIS. Eso es lo triste.
¿Mucho en el crédito diste?
RICARDO. Mucho.
LUIS. ¿Mucho?
RICARDO. Una fortuna.
LUIS. ¿Es verdad?
RICARDO. Sí.
LUIS. ¡Por mi fé!
¿Y eso á tu ingenio responde?
¡Al Vizconde!
RICARDO. Sí; al Vizconde.
LUIS. ¿Pero cómo?
RICARDO. Yo no sé.
LUIS. Tú, cuyo cálculo frio
es á todo invulnerable.....

RICARDO. Me fio de un miserable
yo, que de nadie me fio.
Esto por torpe me llega,
y lo merezco en rigor;
yo no he sido previsor.
¡La fe! la fe siempre es ciega. (Hace ademan de salir.)

LUIS. ¿Dónde vas?

RICARDO. Á ver si acierto
á descubrir al Vizconde.

LUIS. ¿Y dónde?

RICARDO. Yo no sé donde;
pero de hallarlo estoy cierto.
Aunque en su socorro llame
cuanta infamia en él se encierra;
aunque lo esconda la tierra,
yo he de matar á ese infame.

LUIS. Repara.....

RICARDO. ¿No me es nocivo
este carácter de hielo?
Pues bien; ya se trueca el velo
de la nieve en fuego vivo.
Ya mi cálculo se acaba,
y me enciendo en nuevo afan;
á todos de este volcan
ha de abrasarnos la lava.

LUIS. No cesa la suerte aciaga
buscando otra suerte igual;
Ricardo, el fuego del mal
con lluvia del bien se apaga.
Ataja el mal con prudencia;
con calma el paso conduce;
sólo violencias produce
lo que forma la violencia.

RICARDO. Sí; los arranques del alma
sujetaré á mi poder.
¡Calma es preciso tener!
Tu verás si tengo calma.
(Sale precipitadamente por la primera puerta derecha.)

ESCENA IV.

LUIS.

Siempre el error es el mismo;
siempre ciego y siempre osado;
de un abismo huye espantado
y va á dar en otro abismo.
La paz no halla aquí cimiento,
que ella no arraiga en el lodo;
y todo vá á hundirlo; todo,
de las pasiones el viento.
¡Pobre Elena! ¡infausto dia!
¿Y ha de sufrir tambien ella,
siendo aquí la sola estrella
en esta noche sombría?
No; la niebla puede hacer
á la noche más oscura;
mas á un foco de luz pura
la sombra no ha de vencer.
Y sin embargo su anhelo
se estrella contra el dolor.
¡Ay! si pudiera mi amor
darle en cambio todo un cielo!

ESCENA V.

LUIS *y* ELENA.

LUIS. Elena.....
ELENA. Luis.....
LUIS. ¡Cuánta pena
en esos ojos se advierte!
¿Llora usted la dura suerte
de sus amores, Elena?
ELENA. No mi esperanza perdida;
al perderla, se me alcanza
que no estaba en mi esperanza
el ideal de mi vida.

Pude un instante soñar
con haberlo realizado;
mas del sueño he despertado
con tranquilo despertar.
Aquí, donde á cada instante
muere el corazon de frio,
anhelaba el pecho mio
el calor de un pecho amante.
En Manuel puse mi fé,
buscando en su amor el puerto;
mas ¡ay triste! tambien yerto
su corazon encontré.
No es que al perder mi ilusion,
por él afanarme pueda;
sufro no más, porque queda
el frio en mi corazon.

LUIS. ¿Es cierto? ¿Usted no lo ama? (Con júbilo.)

ELENA. No siento en mi alma huella
de ese afan; que nunca en ella
prendió del amor la llama.

LUIS. Elena.....

ELENA. Y al ver deshecho
el lazo, siento en verdad
latir con más libertad
el corazon en el pecho.
Me engañé; yo presentí
que del Vizconde la audacia
pudiera ser mi desgracia,
y en Manuel refugio ví.
No amor; afecto distinto
me llevó á Manuel un dia;
á veces me lo decia
con voz confusa mi instinto.
Hoy que claro puedo ver;
hoy que toco el desengaño,
el suyo y mi propio engaño
me alegro de conocer.

LUIS. Elena, usted no concibe
el placer con que la escucho;

hace mucho tiempo, mucho
que mi amor callando vive.
Mientras juzgaba cumplidos
los sueños de usted en calma,
ahogué dentro de mi alma
mis amorosos latidos.
¿Cómo con tal conviccion
ambicionar otra cosa,
si mirar á usted dichosa
es mi sola aspiracion?
Hoy que sufre usted agravios,
vano es todo fingimiento;
suba al fin mi sentimiento
del corazon á los labios.

ELENA. Luis.....

LUIS. No; no quiero respuesta;
no es tiempo de que la pida;
que toda, toda mi vida
está en sus palabras puesta.
Á mí me basta saber
que usted sabe mis dolores;
que el raudal de mis amores
puede ya libre correr:
que mis ojos con enojos,
cuando en los suyos se vean,
no miren que se recrean
en el cristal de otros ojos.
¿Que de mí no se desvien,
cómo ya lograr pudiera,
si es esta la vez primera
que los cielos me sonrien?

ELENA. Yo..... Luis..... yo no merezco.....

LUIS. (El júbilo en mí rebosa.)

ELENA. Yo..... su pasion generosa
con el alma le agradezco.
Yo..... no pude sospechar.....
Su confesion me sorprende.....

LUIS. Si el amor amor enciende,
yo en usted lo haré brotàr.

ESCENA VI.

ELENA, LUIS *y* SOFÍA *con una carta en la mano.*

SOFÍA. (Ellos aquí: me anonada
de este hombre la presencia.)
(Guarda rápidamente la carta.)
ELENA. Sofía.....
SOFÍA. ¿De conferencia?
LUIS. Ya dejo á usté acompañada.....
SOFÍA. ¿Se marcha usted porque llego?
LUIS. Con Ricardo á Madrid voy,
porque allí tendremos hoy
mucho que hacer; hasta luego.
(Elena y Sofía saludan con un movimiento de cabeza. Luis sale por la primera puerta izquierda.)

ESCENA VII.

ELENA *y* SOFÍA.

ELENA. Tengo que hablarte.
SOFÍA. (Esta carta.....
¡Oh! la impaciencia me ahoga.)
ELENA. ¿No me escuchas?
SOFÍA. Sí; te escucho.
ELENA. Pues bien, Sofía; no ignoras
que Manuel ha desmentido
sus palabras con sus obras.
Su conducta inexplicable.....
SOFÍA. Bien ¿y qué? de tus congojas
á nadie pidas consuelos;
es tuya la culpa toda.
ELENA. No es eso ¿piensas acaso
que lloro por él? Me sobra
dignidad para olvidarlo
como un mal sueño; sin otra
razon que lo motivara,

su ingratitud y sus formas
con Ricardo, á quien le debe
su porvenir, por sí solas
bastáran á darme aliento
para borrar su memoria.
¿No es verdad que es una infamia
su proceder?

SOFÍA. Sí.

ELENA. No hay cosa
más detestable á mis ojos
que un ingrato.

SOFÍA. Bien; acorta
reflexiones.

ELENA. Quien devuelve
mal por bien; quien así obra
no es amor lo que merece.

SOFÍA. ¿Acabarás?

ELENA. ¿Te incomoda
que sus actos te recuerde?
¡Ah! sí, comprendo tu cólera:
tú, que cifras en Ricardo
tu fiel cariño de esposa,
con la actitud de Manuel
sientes la herida más honda.

SOFÍA. (La inocencia de esta niña
llena mi alma de sombras.)

ELENA. ¿No es verdad?

SOFÍA. Sí; terminemos,
déjame; déjame sola.

ELENA. ¿No sabes?..... Me da fatiga
decírtelo. Luis..... Perdona
que de este modo me atreva
á hablarte.

SOFÍA. Vamos, sé pronta. (Con gran impaciencia.)

ELENA. Me ha revelado el secreto.....

SOFÍA. ¿El secreto?

ELENA. Sí; me adora;
él, que es tan bueno, tan noble.....
Mas no sale de tu boca

ni una frase, estás inquieta;
es visible tu zozobra.
¿Qué tienes?

SOFÍA. ¡No tengo nada. (Con ira.)
¡Qué terquedad!

ELENA. Si te enoja
mi presencia, me retiro.
(Llevándose el pañuelo á los ojos.)

SOFÍA. No; es que hablar aquí me importa
con Ricardo; vendrá luego.....
Mas ¿qué es eso? ¿Por qué lloras?

ELENA. Yo.....

SOFÍA. No tomes á desvío
esta actitud ¿piensas, tonta,
que ese amor era un secreto
para mí? Pues te equivocas.

ELENA. Él te ha dicho?.....

SOFÍA. No me ha dicho;
más todo en él lo pregona;
el amor salta á los ojos
cuando en los labios no brota.
Ya hablaremos; ya hablaremos;
déjame un momento ahora.
(Elena se vá por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA VIII.

SOFÍA.

¡Al fin! al fin sola estoy.
Al contacto de esta carta
siento en mis venas un frio.....
¡Oh! parece que presagia
el de la muerte: un incendio
siento á la vez en el alma;
parece que es de la culpa
el infierno que me aguarda.
¿Por qué tiemblo? ¿por qué dudo?
¿No soy del dolor esclava?

Pues cadenas por cadenas,
las de mi amor. Está echada
mi suerte; aquí en el vacío
no puedo ahogar de mi falta
el vivo remordimiento
que me acosa y que me mata,
pues de él un eco produce
hasta el rumor de mi planta.
Pero con él, en sus brazos,
la corriente desbordada
del placer acaso arranque
y se lleve entre sus aguas
este dardo, que en el pecho
más cada vez se me clava.
Él lo ha dicho; no es posible
resistir; saltó la valla
nuestro amor, y toda lucha
fuera loca; fuera vana:
el que se opone al torrente
el torrente al fin le arrastra.
Leamos; aunque el deseo
todo cuanto aquí se estampa
lo ha leido ya cien veces
en el fondo de mi alma.
Leamos al fin. «Sofía.» (Leyendo.)

RICARDO. Sofía.

(Desde la misma puerta por donde se fué en escenas anteriores.)

SOFÍA. ¡Qué! ¿quién me llama?

(Con espanto, y ocultando rápidamente la carta.)

ESCENA IX.

SOFÍA *y* RICARDO.

RICARDO. ¿Qué es eso? ¿Por qué respondes
á mi acento sorprendida
y un papel estremecida
entre tus manos escondes?
¿Por qué turbándote estás?

SOFÍA. No me turbo; son antojos.....
RICARDO. ¿Por qué me esquivan tus ojos?
Dame esa carta. (Intentando quitársela.)
SOFÍA. Jamás.
(Esquivando la accion de Ricardo.)
De guardar este secreto
palabra de honor he dado,
(Desconcertada, y sin tener conciencia de lo que dice.)
y tu tendrás, como honrado,
á mi palabra respeto.
RICARDO. ¿Qué es tu palabra de honor
si el mio puede manchar?
SOFÍA. Es que.....
RICARDO. No he de respetár
lo que te enciende en rubor.
Si es que conserva ese escrito
algun secreto inocente,
¿por qué se inclina tu frente
como al peso de un delito?
SOFÍA. Pero.....
RICARDO. Dame ese papel;
no consiga tu imprudencia
que dude de tu inocencia,
aunque esté grabada en él.
Respecto á mí, tus acciones
han de ser el claro espejo
donde aparezca el reflejo
de todas tus intenciones.
¿Dónde está la confianza
que le es debida á un esposo?
SOFÍA. ¿Dónde el término dichoso (Ya repuesta.)
que en tí miró mi esperanza?
RICARDO. ¡Sofía!
SOFÍA. Si; si; pues ¿qué?
¿tienes tú acaso derecho
á exigir fe de mí pecho
donde has matado la fé?
RICARDO. ¡Sofía!
SOFÍA. ¿Por qué lo niegas?

¿ni aun valor siquiera tienes?
ténlo; dí que en tus desdenes
hay otro afan en que ciegas.
Y dí si el hombre que mata
un alma pura á traicion
y hasta su última ilusion
friamente le arrebata,
puede impedir en rigor
que ante él el alma se pliegue,
y su fe y su amor le niegue
al que niega fe y amor.

RICARDO. Basta de inútiles celos,
(Conteniendo apenas su cólera.)
que no es ocasion de quejas.
¿Ese papel no me dejas?

SOFÍA. Nunca.

RICARDO. Pues ¡viven los cielos!
que la que una carta oprime
de rubor lleno el semblante
y mostrándola al instante,
su turbacion no redime,
merece, y es lo más llano,
que el hombre á quien le compete,
por su honor nada respete
y la arranque de su mano.
(Se arroja á Sofía para arrebatarle la carta. Sofía lucha por no dejársela arrebatar.)

SOFÍA. No ha de ser; me arrancarás
primero el alma.

RICARDO. Si fuera
preciso, tambien lo hiciera.
Suelta.

SOFÍA. No.

RICARDO. Suelta.

SOFÍA. Jamás.

RICARDO. Será tu muerte esta lucha.
Al fin. (Le arranca la carta.)

SOFÍA. ¡Ah! ¡papel maldito!
no sé lo que guarda escrito. (Con rabia y con temor.)

RICARDO. Vamos á saberlo; escucha. (Con una calma terrible.)
«Sofía; llegó por fin
«el instante; mi plan hoy
«puedo realizar, y estoy
«esperando en el jardin.
«De una luz el resplandor
«en el pabellon del centro
«me anunciará que á tu encuentro
«volar puedo sin temor.
«Rompe los inicuos lazos
«en que te afliges, y ven
«á lograr el dulce bien
«de nuestro amor en mis brazos.

(Al acabar de leer la carta, presa de agitacion febril, queda un instante con la mirada fija en Sofía, y exclama con ira reconcentrada y como complaciéndose en la sentencia que dicta.)

Vas á morir.

SOFÍA. Sí; la muerte
á tu presencia prefiero;
morir será lo primero
que tenga que agradecerte.
Mátame; que la existencia
odio ya; mas ten presente
que mi culpa es solamente
la sombra de tu conciencia.
¿Para qué quiero vivir?
Mátame.

RICARDO. No; no te mato,
porque eso te fuera grato;
de otra muerte has de morir.
Has de vivir; y á mi lado;
viendo en mí contínuamente
una proyeccion viviente
de tu ominoso pecado.
Que á mis manos perecieras,
ahogándote de improviso,
no fuera pena; es preciso
que te mate sin que mueras.
Venga tu amante, ¿qué aguardo?

su sangre aquí ha de correr.

(Toma el candelabro de la mesa y se dirige á la ventana.)

SOFÍA. ¡Dios mio! ¿Qué vas á hacer?

(Aterrada al ver que Ricardo hace la señal indicada en la carta.)

¡Oh! no más, perdon Ricardo.

RICARDO. Calma, y sé de ello testigo.

SOFÍA. ¡Oh!

RICARDO. ¿No tuviste valor
para la culpa?

SOFÍA. ¡Qué horror!

RICARDO. Pues tenlo para el castigo.

(Sofía intenta huir, pero Ricardo la detiene y la arrastra hasta la puerta del jardin.)

Rompe los inicuos lazos
En que te afliges, y ven
á lograr el dulce bien
de vuestro amor en sus brazos.
Ya siento pasos. (Con alegría feroz.)

SOFÍA. ¡Es él!
¡Oh! mi pecho se destroza.

RICARDO. Empieza á gozar.

SOFÍA. ¡Ah!

RICARDO. Goza.

SOFÍA. ¡Ah! no, mátame. ¡Manuel!

(Aparece Manuel en la puerta del jardin, y al ver á Ricardo retrocede sorprendido. Sofía dá un grito desgarrado, y queda mirando á Manuel con la fijeza de un demente. Ricardo lo contempla asimismo con una sonrisa diabólica. Pausa.)

ESCENA X.

SOFÍA, RICARDO *y* MANUEL.

MANUEL. ¡Qué! (Fuertemente sorprendido.)

RICARDO. Tal gozo siento al verte,
que por mirar otro instante
el pavor de tu semblante,
no te he dado ya la muerte.

MANUEL. ¿Yo pavor? Odio hacia tí;
odio y afan de matarte.

RICARDO. Así me place escucharte.

MANUEL. Pues así te odio; así.

RICARDO. Esta carta en que á traicion

me infamas, quiero borrar;
la voy en sangre á bañar
en tu mismo corazon.
Vamos fuera.

MANUEL. Vamos.

SOFÍA. ¡Oh!
¡Perdon! no, no salgas. (Intentando detener á Ricardo.)

RICARDO. Quita.

SOFÍA. ¡Ay! el corazon me grita
que morirás; muera yo;
yo, que todo lo merezco;
yo, que tu nombre he manchado;
yo, que viendo mi pecado,
ya á mí propia me aborrezco.

RICARDO. Quita, infame.

SOFÍA. ¿No me ves
á tus plantas de rodillas?

RICARDO. Alza; si á mis piés te humillas,
voy á hollarte con mis piés.

SOFÍA. Huéllame, mátame, si;
mas no he de alzarme del suelo.

RICARDO. Aparta.

SOFÍA. No.

RICARDO. ¡Vive el cielo!

SOFÍA. ¡Ricardo!

RICARDO. ¡Fuera de aquí!

(La arroja violentamente al suelo, y sale con Manuel. Sofía se levanta y corre tras ellos; más al llegar á la puerta la encuentra ya cerrada.)

ESCENA XI.

SOFÍA.

¡Ricardo! ¡Puerta maldita! (Intentando forzar la puerta.)
No, no cede. Nada alcanzo (Corriendo á la ventana.)
á distinguir. ¡Oh! me anego
en sombras. En ese espacio
lleno de negras tinieblas,
es donde percibo claro
todo el horror de mi crímen.
¡Ah! me estremezco. Ni el llanto
quiere acudir á mis ojos.
¿Cómo no salta en pedazos
mi corazon? ¿Cómo vivo
en medio de este quebranto?
¿Cómo vivo?..... Ni la muerte

me recibe entre sus brazos.
No puedo más; yo me ahogo.

(Busca un punto de apoyo, al sentirse desfallecida, y cae desplomada en un sillon con la cabeza entre las manos. Pocos instantes despues se levanta rápidamente, y vá hacia la puerta; pero á los primeros pasos retrocede espantada.)

¡Oh, Dios! me hiela de espanto
ese silencio de muerte!
¡Si hubiera muerto Ricardo!.....
¡Oh! ¡piedad, piedad, Dios mio!
¡Compasion! Es más amargo
que la verdad más impía
este afan en que me abraso.
Si Manuel no ha perecido,
vendrá por mí; pero en vano
lo intentará; fuera el último
horror; no, no ha da lograrlo.
Le odio; ¿llevarme? primero
me destrozo con mis manos.
Nadie viene; tengo miedo (Acercándose á la puerta.)
de estar sola. Siento pasos.

ESCENA XII.

SOFÍA *y* LUIS.

SOFÍA. Luis, hable por compasion
y calme esta angustia inmensa.
Manuel.....

LUIS. Casi sin defensa
le ha herido en el corazon.
Tras su aleve accion y acaso
por colmarla, voló aquí;
mas se halló enfrente de mí
que vine á cerrarle el paso.
Al verme, vió que su fin
iba en mis manos á hallar,
y huyendo logró ganar
la muralla del jardin.
Yo le seguí; temeroso,
al fin saltó por huirme;
y en vez de hallar tierra firme,
dió en lo profundo del foso.
Allí queda hecho pedazos
luchando con su agonía:
solo el abismo podia
recibirlo entre sus brazos.

SOFÍA. Ricardo.....

LUIS. En brazos de Elena

hace esfuerzos por venir.

SOFÍA. No, no; ¿yo verlo morir?
¡Ah! ¡sí! merezco esa pena.

(Sofía da algunos pasos para ir al encuentro de Ricardo. Ricardo aparece moribundo en la puerta del jardin sostenido por Elena; al entrar en escena, cae en tierra. Sofía al verlo, se apoya desfallecida en un sillon. Luis vá hácia Ricardo.)

ESCENA ÚLTIMA.

SOFÍA, ELENA, RICARDO *y* LUIS.

SOFÍA. ¡Ricardo!

RICARDO. Ven; ya se agota
mi vida; y en la hora extrema
del deber la ley suprema
al fin en mi mente brota.

SOFÍA. Venga sobre mí la cruz
de la desdicha más fuerte.

RICARDO. En las sombras de la muerte
he visto un mundo de luz.

SOFÍA. Sí, sí; mas, ¡ah! que no puedo.

LUIS. Valor.

SOFÍA. La fuerza me falta.

(Hace esfuerzos por ir hácia Ricardo; y lucha en vano con su falta de fuerzas.)

¡Ay! el corazon me salta.
y me ahoga. ¡Tengo miedo!
Del rebelde corazon
las sacudidas me oprimen;
y es que aquí siento del crímen
la tremenda vibracion.

RICARDO. Llega de mi aliento en pos;
que ya la muerte me toca.
Pon en mi frente tu boca.

SOFÍA. ¡Ah! no, no mueras.

RICARDO. Adios.

(Sofía hace un último esfuerzo para llegar á Ricardo. Ricardo extiende tambien los brazos hácia Sofía; pero antes de tocarla, muere.)

SOFÍA. Ni aun este horrible consuelo (Con desesperacion.)
mi arrepentimiento alcanza.

ELENA. Sofía.....

SOFÍA. No hay esperanza:
está entre los dos el Cielo.

(Dice el último verso con expresion solemne, y cae desfallecida en brazos de Luis.)

FIN DEL DRAMA.